

# Poesía. Poetas

Eugenio Astol

¿Qué es un poeta? Pues... un hombre que hace versos. Así define el vulgo a los poetas.

Un simple examen bastaría para hacernos ver que tal definición es errónea. Hay quien hace muchos versos, sin el menor átomo de poesía en los mismos, y hay quien, no habiendo escrito más que en prosa, derrama al través de ella verdaderos tesoros poéticos.

Hay que fijarse bien en lo que este término, *poeta*, significa.

Desde luego podemos hacer tres divisiones:

El que *vive* la poesía.

El que la escribe en prosa.

El que la escribe en verso.

De la primera clase no hay que hablar, pues no aparece en los dominios del arte.

Se puede llevar una vida delicada y sublime ignorando los menores rudimentos de ortografía hasta el punto de escribir la *v* con *b* de burro.

Cuanto a los individuos de las dos divisiones últimas, por lo común expresan la poesía sin sentirla –lo que en rigor equivale a no expresarla–, sin poner en ella algo de su yo, considerándola casi siempre desde el punto de vista impersonal, como si se tratase de un oficio cualquiera. Y si se proponen dar una nota suya, resulta hueca o falsa.

Esos pseudo-poetas son legión. Con el fárrago de renglones cortos que ha caído sobre el mundo, en todas las lenguas cultas, se podría formar una colección de descomunales volúmenes rotulándolos bajo el nombre de un solo autor –tan parecidos resultan por su esencia íntima y tan poca personalidad existe en todos ellos.

Las preocupaciones de escuela influyen grandemente sobre esta falta de originalidad y de sinceridad. Son innumerables las poesías que se han escrito con la etiqueta clásica, romántica o modernista –jamás me he encontrado con una palabra menos precisa que este último vocablo– se reducen meramente a productos de imitación.

Resulta muchas veces, que por seguir las huellas de tal o cual poeta de fama, los noveles se ajustan servilmente a caminar sobre los pasos de aquellos. Buscan el laurel fácil estimando como cosa de las más arduas producir algo original. Pero en la generalidad lo que existe es definitiva impotencia para lo genuino, siendo bello.

En rigor no son tales poetas. Son esencialmente *amateurs*. Todo hombre con voluntad, con inteligencia, con cultura, puede hacer alguna incursión en el campo del arte, sin estar dotado de aptitudes artísticas, a título de simple aficionado. Puede pintar un lienzo, modelar una estatua, escribir varias notas en un pentagrama, expresar una idea en dos o tres estrofas, y hacer todo eso con corrección y gusto; pero jamás darle *su vida*. Esos, los que dan *su vida*, son los verdaderos artistas, ora muestran un mundo interior; ora se limitan a describir la naturaleza externa con arreglo a su propio temperamento.

Por qué hay más “diletantismo” en poesía que en las demás artes? Porque el verso ofrece menores dificultades técnicas. Con un poco de oído, algunos adornos de diccionario y de gramática y otros de lectura de imaginación ya está el versificador dispuesto para entrar en combate. Y si se conforma con el gusto del medio, triunfo en toda la línea. Ya no necesita más para que el vulgo le llame poeta –y muchos otros que no son precisamente vulgo...

Esos son los que más suenan, porque se les entiende mejor que a los verdaderos poetas, es decir, a los sinceros y a los que son realmente refinados y exquisitos.

Una oda a la palma o unas rimas en el álbum de la señora X..., las comprende todo el mundo. Sólo es dable a los pocos penetrar en la médula de león de un Shelley o de un Vigny.<sup>1</sup>

---

<sup>1</sup> Eugenio Astol, “Poesía. Poetas.”, *Puerto Rico Ilustrado*, año II, número 63, 14 de mayo de 1911; p. 14.